

- DOL. Descuide usted, que yo me encargo de que no tome nada.
- CAR. ¡Tía! . . .
- DOL. ¡A la cama, á la cama!
- PER. Don Saturio, que le esperan á usted. (Vase)
- SAT. Allá voy. Buenas tardes, queden ustedes con Dios.
- IND. ¡Abur!
- MAR. ¡Adios, don Saturio.
- DOL. ¡Anda, hombre, anda! (Subiendo los escalones Carlos no separa la vista de la mesa.)
- MAR. ¡Pobre Carlos! (A don Indalecio).
- IND. ¡A este muchacho mo lo van á matar de hambre! (A Maruja.)
- MAR. ¡Es posible!
- GREG. ¿Me llevo esto?
- IND. No; déjalo. Me lo comeré yo. (Sentándose y destapando la sopera).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, MARUJA y luego PIO.

- GREG. [Cantando á voz en grito y limpiando los muebles con unos zorros, con los cuales da golpes fortísimos.]
- MAR. (Que baja la escalera) ¡Gregoria! ¡Pero, Gregoria!
- GREG. ¿Qué manda usted, señorita?
- MAR. Mujer, que no des esos gritos ni esos golpes. Acuérdate de que arriba hay un enfermo y de que mi tío está durmiendo todavía.
- GREG. ¡Anda, anda, el señor! ¡Aunque se hundiera la casa! Esta madrugada, cuando le entré el chocolate, tuve que despertarle poco menos que á puñetazos.
- MAR. Bueno, bueno; vete á la cocina, que yo acabaré la limpieza. (Vase Gregoria). Pues señor, bien. Yo no sé cómo lograremos salir de todo esto. El pobre Carlos se va á ver en un compromiso.
- PIO. ¡Santos y bueros días nos dé Dios! (1)
- MAR. ¡Hola. Pio; cómo madrugas! (Sigue limpiando el polvo á los muebles mientras habla).

(1) Pio y Maruja.

- PIO La costumbre del seminario. Yo oigo siempre la misa de alba.
- MAR. ¿Y qué te trae por aquí?
- PIO Pues. . . lo primero, preguntar cómo á pasado la noche Carlitos.
- MAR. Muy mal.
- PIO ¿Sí, eh?
- MAR. ¡Claro! Figúrate que está sin comer nada desde que salió de Madrid.
- PIO ¿Pero no le han dado siquiera algunos calditos?
- MAR. ¡Quiá! Don Saturio le puso á dieta rigurosa, y mi tía, que le ha estado velando toda la noche, no le ha permitido tomar más que agua azucarada.
- PIO ¡Caramba, caramba! Bueno. Pues. . . lo segundo.
- MAR. ¿Qué segundo?
- PIO Lo segundo á que venia.
- MAR. ¡Ah, ya!
- PIO Es hablarte de una cosa muy grave.
- MAR. ¿Qué pasa?
- PIO Verás: ayer no me atrevi á decirte la verdad, creí que prodria evitarlo, pero ya no hay más remedio.
- MAR. Dí, hombre, dí (Dejando de limpiar.)
- PIO Mi madre, Dios me lo perdone, pero me tiene frito.
- MAR. ¿Cómo?
- PIO Se opone terminantemente á que yo sea cura.
- MAR. ¿Pero ahora salimos con esas? Pues si ayer me dijo ella misma que sentia mucho que no siguieras la carrera eclesiástica.
- PIO ¡Quiá!
- MAR. Y que ella no quería torcer tu vocación.
- PIO ¡Quiá!
- MAR. Y que tú estabas enamorado en secreto.
- PIO ¡Quiá!
- MAR. Entonces no me explico. . .
- PIO Pues á eso vengo yo: á explicártelo. Mi madre está empeñada en que me case.
- MAR. ¿De veras? ¿Y con quién?

- PIO (Después de un momento de vacilación.) Contigo.
- MAR. ¿Conmigo? ¿Con que era cosa de ella?
- PIO De ella. ¡Cómo había de pensar yo en semejante barbaridad!
- MAR. ¡Hombre, muchas gracias!
- PIO No, no lo digo por ofenderte, pero á mí me llama Dios por otro camino.
- MAR. ¿Sí? ¿Pues vete bendito de Dios! Pero no comprendo por qué me cuentas esas historias.
- PIO Porque sólo tú puedes sacarme del apuro en que me encuentro.
- MAR. ¡Vaya! Aquí estoy yo para sacar de apuros á todo el mundo.
- PIO Como soy tan tímido, no me resolví ayer á contactarte lo que me pasaba, ni me atrevi á confesar después á mi madre que no te habia dicho una palabra; y como ella es así, que todo se lo habla y yo soy así, que todo me lo callo, resulta que á estas horas cree firmemente que tú y yo nos entendemos.
- MAR. ¡Tiene gracia! ¡Pues no nos entendemos! Y hazme el favor de decirle que no hay semejante cosa.
- PIO ¡Por Dios no te incomodes! Se me ha ocurrido una idea que lo resolveria todo.
- MAR. ¿Cuál?
- PIO Decirle tú á mi madre que estás en relaciones con otro.
- MAR. ¿Con quién?
- PIO Con cualquiera. . . Con Carlitos, por ejemplo.
- MAR. ¡Qué atrocidad!
- PIO Pues es la única solución: estando tú comprometida no me veria yo comprometido.
- MAR. ¡Vaya, vaya! No me metas en esos líos, que ya tengo bastante en qué pensar. Arréglalo como puedas y déjame tranquila. (Yendo hacia el foro).
- PIO [No, pues yo á mi madre no le digo una palabra porque con el genio que tiene, me pega. ¡Vaya si me pega!]

ESCENA II

DICHOS y DOÑA DOLORES, después DON SATURIO y DON
INDALECIO

Pío ¡Ah! ¡Doña Dolores!
DOL. ¡Hola, Pío, buenos días! (Por la segunda izquierda).
Pío ¿Cómo está usted?
DOL. Rendida, hijo. Me he pasado toda la noche ve-
lando al pobre Carlos.
Pío ¿Y cómo sigue?
DOL. Ahora está durmiendo bastante tranquilo.
Pío Menos mal.
DOL. ¿Y tu tío? (A Maruja).
MAR. No se ha levantado todavía.
DOL. Llámale, mujer, llámale. Con tanto comer y tan-
to dormir, ese hombre el mejor día va á dar un
estallido.
Pío Eso dice mi madre. (Vase Maruja por la primera de-
recha).
DOL. ¿Cómo?
Pío Que... que no es saludable dormir tanto.
DOL. ¡Qué ha de ser, hombre, qué ha de ser!
SAT. [Por el foro derecha]. Buenos días, señora.
DOL. Hola don Saturio.
Pío Buenos los tenga usted.
MAR. (Por la primera derecha). Aquí sale ya el tío.—Fe-
lices, don Saturio.
SAT. Hola Marujita.
IND. (Por la primera derecha). Muy buenos días. (1)
DOL. (Al ver a don Indalecio). ¡Gracias á Dios, hombre!
IND. Mujer, reflexiona que me he pasado velando to-
da la noche.
DOL. ¡Si te acostaste á poco más de la una, y desde
las diez estuviste dando cabezadas!

(1) Don Indalecio, Maruja, don Saturio, Dolores, Pío.

IND. Eso es cierto; yo no puedo trasnochar, es lo úni-
co que me hace daño. (1)
SAT. ¿Y qué tal? ¿Cómo ha pasado la noche el enter-
mo? (A Doña Dolores).
DOL. Muy intranquilo y dando unos suspiros muy
grandes y bostezando mucho.
MAR. ¡Claro! ¡De hambre!
SAT. Nervioso, todo eso es nervioso.
DOL. Al amanecer, se quedó dormido; pero debía de
tener alguna pesadilla, porque no hacía más que
dar saltos en la cama y decir á cada momento:
¡Zaragüeta! ¡Zaragüeta!
MAR. ¡Ay, Dios mío!
SAT. ¡Qué cosa tan rara!
IND. ¡Zaragüeta! ¿Quién podrá ser ese Zaragüeta?
Pío Como no sea el marido de la viuda de las cajas
de fósforos...
DOL. ¡Qué á de ser ese!
IND. Luego se lo preguntaremos.
MAR. ¡No! Yo sé quién es.
IND. ¿Quién?
MAR. Me lo dijo ayer Carlos. Zaragüeta es... don
Hermógenes Zaragüeta... (Después de pensar un
instante) Uno de los médicos que le asistían en
Madrid.
SAT. ¿El de cabecera acaso?
MAR. Sí, señor, el de cabecera. Carlos le quiere mu-
chísimo; le está muy agradecido. Sin duda por
eso ha soñado con él.
SAT. ¡Zaragüeta! Pues no le conozco. Ea, vamos á
ver al enfermo.
IND. Sí, vamos.
SAT. Haré un reconocimiento detenido y veremos lo
que hay.
MAR. ¡Que no lo vea, Dios mío!
IND. (En la escalera). Aude usted, don Saturio.
SAT. De ningún modo.
IND. Pase usted. (Vanse los dos).

(1) Maruja, don Indalecio don Saturio, Dolores, Pío.

ESCENA III

DICHOS, menos DON SATURIO y DON INDALECIO

DOL. Maruja, vé á la c6cina y que pongan pronto el cocido, por si hay que dar á Carlitos alg6n caldo.
 MAR. ¡Caldo! Chuletas es lo que 6l necesita).
 DOL. ¡Ah! Oye: ¿d6nde me has puesto el libro de cocina, que tengo que ver, por si acaso, aquella receta de gelatina con sustancia de carne?
 MAR. Me parece que lo he visto arriba, en el armario de la solana. (Vase foro izquierda).
 DOL. Si, alli le dej6 el otro d6a. Voy por 6l. (Vase por la escalera).

ESCENA IV

PIO, luego PERICO y DON HERMOGENES por el foro derecha

PIO Pues se6or, yo me marchar6a de buena gana á oír misa de diez; pero como mi madre se empe6a en que est6 aqu6 todo el tiempo posible.... ¡Mire usted que es empe6o!....
 PER. (Dentro). S6, se6or, s6; pase usted.
 PIO ¿Eh?
 PER. Este caballero que viene preguntando por los se6ores! (Vase por el foro).
 HERM. Servidor de usted. (1)
 PIO Buenos d6as. (Es forastero).
 HERM. ¿Los se6ores de Ruip6rez?
 PIO S6, se6or, aqu6 viven.
 HERM. En la plaza me dijeron que era aqu6, pero yo dudaba: como no conozco este pueblo....
 PIO Tome usted asiento.
 HERM. ¿C6mo?
 PIO (Ofreci6ndole la silla). Que se siente usted.
 HERM. ¡Ah! (Se sienta en el sill6n).
 PIO Voy á llamar á los se6ores. Con su permiso.... (Vase por la escalera).
 HERM. ¡Ah! Por lo visto me ha dicho que espere. ¡Esperar6!

(1) Don Herm6genes, Pio.

ESCENA V

DON HERMOGENES

Pues se6or, bien. ¿C6mo me recibirán aqu6? Mal, como en todas partes; pero no hay m6s remedio. Si no tomo esta determinaci6n me quedo sin los cuartos, y la cantidad no es para despreciada. (Sacando los pagar6s). Aqu6 están los pagar6s, que con los r6ditos ascienden á tres mil pesetillas. S6: estos son. «Pagar6 á don Herm6genes».... ¡Ya lo creo que pagar6! El no, pero lo que es sus t6os, vaya si me lo pagarán! (Se levanta). ¿Qu6 puede suceder? ¿Que me insulten? Eso me tiene sin cuidado, porque á mi los insultos por un oido me entran y por otro me salen.... Es decir, no me entran por ninguno: esa es una de las ventajas de ser sordo. Para mi profesi6n es muy conveniente este defecto.—Que me llaman esto y lo otro y lo de m6s all6.... ¡pues no lo oigo! Que me piden dinero cuando no me conviene darlo.... ¡á la otra puerta! Que me vienen con ayes y quejas y lamentaciones.... ¡soy un marmolillo! Nada, nada, que yo no oigo nunca m6s que lo que me conviene. Toda mi filosof6a se encierra en esto: «Hacer oidos de mercader,» «á palabras necias oidos sordos» «y no hay peor sordo que el que no quiere oír.»

ESCENA VI

DICHO, DO6A DOLORES y PIO

DOL. Caballero....
 PIO Aqu6 tiene usted á do6a Dolores.
 HERM. ¿Eh? ¡Ah! ¿Es la se6ora de Ruip6rez á quien tengo el honor de saludar? [1]
 DOL. Servidora de usted.

[1] Don Herm6genes, Dolores, Pio.

HERM. Celebro tanto. . . . Acabo de llegar á este pueblo. . . .

DOL. ¿Y busca usted á mi esposo?

HERM. Precioso, sí señora; es un pueblecito muy alegre.

DOL. (A Pío). (¿Qué dice este señor?)

PIO (Me parece que es sordo).

DOL. (Por lo visto). ¿A quién tengo el gusto? (1)

HERM. ¿No está el señor de Ruipérez?

DOL. Sí, señor; pero en este momento está ocupado.

HERM. ¿Cómo? Advierto á usted que soy un poco. . .

DOL. ¡Ya, ya! Que mi esposo está ocupado. (Muy fuerte).

HERM. ¿Eh?

PIO ¡Ocupado! (Idem).

HERM. ¡Ah! Entonces volveré más tarde.

DOL. Como usted quiera. ¿Su nombre de usted para decírselo?

HERM. No, no me conoce. Volveré, volvere luego.

DOL. Pues vaya usted con Dios.

HERM. Servidor de usted. (Volviéndose de pronto). ¿Cómo?

DOL. No, nada.

PIO (Muy fuerte). ¡Nada!

HERM. ¡Ah! Creí que. . . . A los pies de usted. Que usted lo pase bien. (A Pío. Vase foro derecha).

ESCENA VII

DOÑA DOLORES y PIO

DOL. ¿Quién será este señor?

PIO ¡Pobre hombre! Está como un cacharro.

DOL. Veré si encuentro esa gelatina. (Se sienta, abre el libro y lo hojea).

PIO Doña Dolores, yo sentiría mucho estar molestando. . . .

DOL. ¡No, hijo mío, qué has de molestar! (Leyendo). "Pato con guisantes."

(1) Pío, Hermógenes, Dolores.

PIO (Sentándose). Entonces esperaré á ver lo que dice don Saturio. Deseo saber lo que opina de la enfermedad de Carlos. ¿Qué tendrá el pobrecillo?

DOL. (Leyendo). "Higado mechado."

PIO ¿Eh?

DOL. Léa aquí.

PIO ¡Ah! Creí que decia usted que tenía el higado mechado, porque eso sería muy grave.

DOL. ¡Ya lo creo! (Oyese hablar á don Indalecio y á don Saturio que bajan por la escalera.) ¡Ah! Ya bajan.

ESCENA VIII

DICHOS, DON SATURIO y DON INDALECIO por la escalera, y MARUJA que sale de la cocina.

DOL. Qué hay, don Saturio; ¿cómo lo encuentra usted? (1)

SAT. Pues, señora, repito á usted lo que acabo de decir á don Indalecio. Respeto mucho el parecer de mis profesores de Madrid; pero, la verdad, yo en ese muchacho no encuentro nada de particular.

MAR. (Este va á descubrirlo todo.)

SAT. Le he reconocido detenidamente. . . .

IND. Muy detenidamente. ¡Le ha dado un sobo, que ya, ya!

SAT. Y aseguro á ustedes que no hay lesión en ningún órgano importante. La temperatura es normal; la lengua no puede estar más limpia. . . .

MAR. ¡¡Ya lo creo!

SAT. El estómago está bien, el higado lo mismo; el bazo, igual. . . .

IND. Y los riñones en su sitio.

SAT. En una palabra, creo que se trata de una afección puramente nerviosa.

DOL. Bien; ¿pero será grave?

SAT. Tal vez.

(1) Pío, Dolores, Saturio, Indalecio, Maruja.

- MAR. (¡Ay, respirol)
SAT. Estos desequilibrios nerviosos suelen traer funestas consecuencias. El asegura que siente unas cosas muy raras.... que ha tenido sínco pes....
- MAR. Sí, señor, sí.
PIO Es verdad.
SAT. Afirma que en Madrid le han dado muchos ataques.... y todo esto hace temer que, cuando menos se piense, pueda acometerle a'gún acceso. Estas perturbaciones llevan á veces hasta la locura.
- IND. ¡Canastos!
DOL. ¡Dios mío!
PIO ¡Pobre Carlos!
SAT. No se alarmen ustedes. Para estos casos está indicada la hidroterapia, sobre todo las duchas. Las duchas son de un efecto maravilloso. Yo confío en poder curarle con eso y con la vida activa del campo, el ejercicio, la caza..... y una alimentación moderada y tónica.
- IND. Eso, eso: buena carne y buen vino.
SAT. No, no conviene fatigar el estómago. Empezaremos con la leche. Pueden ustedes darle toda la que quiera; pero ninguna otra clase de alimento.
- DOL. Descuide usted, que así se hará.
SAT. Que tome además un par de cucharadas al día de esa fórmula que he dispuesto. [Alude á una receta que trae don Indalecio.]
- DOL. Perfectamente.
SAT. Conque, señores, voy á continuar mi visita.
IND. Hasta la tarde, don Saturio.
DOL. Que usted lo pase bien. (Dándole el sombrero.)
PIO Yo también me voy con usted.
SAT. ¡Ah! ¡Qué cabeza la mía! Ya me marchaba sin dar á usted (A don Indalecio.) lo que me entregaron ayer en Villarejo. Aquí tiene usted las cuatro mil pesetas del trigo. (Dándole billetes.)
- IND. Muchas gracias.
PIO (Este trigo es el que le entusiasma á mi madre.)

- SAT. ¡Ea, abur!
PIO Ustedes lo pasen bien.
IND. Buenos días.
DOL. Vayan ustedes con Dios. (Vanse por el foro derecha don Saturio y Pío.)

ESCENA IX

DOÑA DOLORES, DON INDALECIO y MARUJA: luego GREGORIA

- IND. Estoy muy contento. La opinión de don Saturio me ha tranquilizado.
DOL. Pues á mí no. (1)
MAR. Ni á mí.
IND. ¿Por qué?
DOL. Ya has visto que no ha dicho una palabra de la operación esa que los médicos de Madrid consideran precisa.
MAR. Ni una palabra.
IND. Es verdad.
DOL. Y yo, francamente, si Carlitos no se mejora en unos días, creo que debíamos hacer un sacrificio y enviarlo á París.
MAR. Muy bien pensado.
IND. ¡A París! Eso cuesta mucho dinero.
MAR. No, tío; Carlos dice que con cuatro mil pesetas tiene bastante.
IND. ¿Y cómo lo sabe?
MAR. Yo no sé.... El ha dicho....
DOL. Habrá echado sus cuentas.
IND. Bueno, bueno; pues si llega el caso, ¿qué le vamos á hacer?..... Se le darán las cuatro mil pesetas. Nos figuramos que se ha perdido la cosecha del trigo.
DOL. Ea, yo me voy á casa de doña Rita, que tiene unas cabras muy hermosas, á ver si puede proporcionarnos la leche que se necesite. ¡Grego

(1) Dolores, Indalecio y Maruja.

ria! (A Maruja) ¡Dame la mantilla! (Maruja la ayuda á ponérsela.) ¡Gregoria!
 GREG. (Saliendo.) ¿Llamaba usted?
 DOL. Sí, vas á ir conmigo á un recado. Trae una jarra grande. [Vase Gregoria y vuelve en seguida con la jarra. A Indalecio.] Dame esa receta y de paso la dejaré en la botica.
 IND. No, quiero llevarla yo mismo. Necesito encargar una botella de aquel vino de quina, que me sentó también hace dos años y que me abrió tanto el apetito.
 DOL. ¡Pero, hombre! . . .
 IND. Sí, hija, sí. Con estos disgustos no estoy yo en caja. Esta mañana, con el chocolate, no pude concluir el segundo panecillo. ¡Vamos!
 DOL. Estate al cuidado por si Carlitos llama.
 MAR. Vayan ustedes tranquilos. (Vanse Don Indalecio, doña Dolores y Gregoria por el foro derecha.)

ESCENA X

MARUJA y luego CARLOS

MAR. ¡Gracias á Dios que me quedo sola! ¡El pobre Carlos debe de estar desfallecido! Voy á subirle unos fiambres. (Abre la alacena.) ¡Me dio pollo! ¡Magnífico! Jamón cocido. Esto le gustará. A ver si hay más por aquí. ¡Truchas escabechadas! Perfectamente. ¡Tendrá un hambre atroz, por fuerza! Ahora patí y una botellita de vino. (Ha coloeado en la mesa todo lo que dice.)
 CAR. (Que baja mostrando gran debilidad y apoyándose en la barandilla de la escalera.) ¡Ay! Me flaquean las piernas! ¡Maruja!
 MAR. ¡Carlos!
 CAR. Desde arriba he visto salir á los tíos y vengo á que me des algo que comer. Ya no puedo más.
 MAR. Precisamente iba á subir todo esto.
 CAR. ¡Oh, felicidad! ¡Bendita seas Maruja de mi alma! (Se sienta y empieza á comer con voracidad.) ¡Po-

llo, jamón, truchas! ¡El ideal! Con todo esto soñaba yo estaba noche. (1)
 MAR. No, con lo que has soñado es con otra cosa.
 CAR. ¿Con qué?
 MAR. Con el prestamista de Madrid.
 CAR. ¿Eh?
 MAR. La tía te ha oído repetir en sueños varias veces: «¡Zaragüeta!»,
 CAR. ¡Zapateta!
 MAR. No, Zaragüeta.
 CAR. No; si es que he dicho zapateta como pude decir otra cosa. ¿De manera que lo he descubierto todo?
 MAR. No, tranquilízate. He hecho creer á los tíos que Zaragüeta es el apellido del médico de cabecera que te ha estado asistiendo.
 CAR. Gracias ¡Qué prima tan buena. . . y qué pollo tan rico!
 MAR. Come despacio, que vas á atragantarte. Los tíos aún tardarán en volver. Ya estoy al cuidado. (Va á la puerta del foro derecha.)
 CAR. ¿Y qué dicen, qué dicen los tíos? ¿Crees tú que les sacaré el dinero?
 MAR. Es muy posible. Los veo en buen camino. (Volviendo al lado de Carlos.)
 CAR. Con tal de que les veas camino de París. . .
 MAR. ¡Valiente trucha!
 CAR. No, las truchas luego. Ahora el jamón.
 MAR. ¡Si á quien llamaba trucha era á tí!
 CAR. ¡Ah! ¿Y don Saturio? ¿Qué dice el imbécil de don Saturio? Aun estoy resentido del reconocimiento.
 MAR. No es tan imbécil como supones; la prueba es que asegura que tu no tienes ninguna enfermedad.
 CAR. ¿Ha dicho eso? (Asustado.)
 MAR. Sí, pero no te alarmes. Como no tiene motivos para dudar de esas cosas raras que tú dices que sientes, el buen señor sospecha que padeces una afección nerviosa.

(1) Maruja y Carlos.

UNIVERSIDAD DE NUEVA
 BIBLIOTECA UAN
 "ALEXANDER"
 1625 MONTREY, MEXICO

- CAR. Eso me conviene. Y esto también. La emprenderé con las truchas. (Maruja vuelve á la puerta del foro para observar.) Me voy reanimando. ¡Riquisimas! El vinagrillo les da un sabor delicioso.
- MAR. ¡Ah!
- CAR. ¡Eh! (Levantándose.)
- MAR. ¿Qué te pasa?
- CAR. Creí que venían.
- MAR. No, no te asustes. ¡Qué nervioso estás! (Se sienta Carlos y sigue comiendo.)
- CAR. Naturalmente; ya has oído á don Saturio: esa es mi enfermedad. . . . y como te oí decir ¡ah! así, de pronto. . . .
- MAR. Si es que me olvidada de contarte lo que me pasa con Pio.
- CAR. ¿Qué te pasa?
- MAR. Me ha confesado el infeliz, que su madre le obliga á dejar la carrera de cura para que me haga el amor y se case conmigo. (Riéndose.)
- CAR. ¡Esa sí que es trucha! ¡Claró! ¡Qué más quisiera ella que una nuera como tú!
- MAR. (Se apoya en el respaldo de la silla que está enfrente de la de Carlos.) Pues el muchacho no me quiere.
- CAR. ¡Qué estúpido!
- MAR. Y para librarse del compromiso en que le pone su señora madre, ¿qué dirás que me ha propuesto.
- CAR. ¡Qué sé yo! Alguna tontería.
- MAR. Que le diga yo á doña Blasa que no puedo aceptar las relaciones de su hijo, porque. . . . porque estoy comprometida contigo. . . . (Riéndose.)
- CAR. (Dejando de pronto de comer.) Oye, oye, pues no me parece ninguna tontería.
- MAR. ¡Calla, hombre, por Dios!
- CAR. ¿Qué tendría de particular? (Levantándose.) Tú eres jóven, yo soy joven también: tú eres bonita, yo no soy feo. . . . Digo, me parece que no soy feo.
- MAR. ¡Qué has de ser feo!
- CAR. Tonto creo que tampoco lo soy; mi figura no es despreciable, y de mi conducta no hablemos.

- MAR. ¡No! No hablemos de tu conducta.
- CAR. Bien, mujer; pero ya sabes que estoy completamente arrepentido, y que de los arrepentidos es el reino de los cielos. ¡Y qué más cielo que esa cara tan remonísima!
- MAR. ¡Chico, chico!
- CAR. Y esos ojos. . . . y esa boca. . . . y este cuerpecito. . . . (Ofiéndos lo con el brazo.) En fin, chica, que Pio no te ha propuesto ningún absurdo.
- MAR. Sí, sí; como si fuera yo á creerme todo eso que dices. ¡Con la vida que has lleva, apenas tendrás tú compromisos en Madrid! . . .
- CAR. ¿Yo? Te juro que no tengo más compromiso que el de Zaragüeta. De ese yo creo que no tendrás celos. (Sigue abrazando á Maruja.)
- MAR. Vaya, vaya, déjate de tonterias y sigue almorzando. (Rechazando suavemente á Carlos.)
- CAR. No; ya no puedo más. He comido como un buitre. ¡Que bien me encuentro ahora! ¡Con el estómago lleno de alimentos y el corazón lleno de ilusiones!
- MAR. (Que ha vuelto á la puerta del foro). ¡Ay, allí viene la tía! Recojamos todo esto; que no sepa que has comido nada. (Entre los dos guardan en la alacena todo lo de la mesa, sobre la cual quedan solamente los dos vasos y la botella con agua, que debe haber desde el comienzo del acto.)
- CAR. Volveré á mi estado de postración. (Se sienta en el sillón).

ESCENA XI

- DICHOS, DOÑA DOLORES y GREGORIA que coge un vaso de encima de la mesa.
- DOL. ¿Ha ocurrido algo? (A Maruja que ha ido al foro).
- MAR. No, señora; aquí tiene usted al enfermo.
- DOE. ¡Hola! ¿Y qué tal te encuentras?
- CAR. Muy bien, digo. . . . así, así. Bien no me encuentro nunca. ¡Ay! (Suspirando).

- GREG. Pues hoy tiene usted mejor cara. Ayer, cuando llegó usted, parecía un difunto. (1)
- DOL. (No seas animal). Dame. (Cogiéndole la jarra). Te traigo una leche riquísima. Recien ordeñada. Vas á tomar un vasito (Llenándolo de leche).
- CAR. No, ahora no puedo más.
- DOL. ¿Eh?
- MAR. Se ha empeñado en no tomar nada. Quería yo haberle dado unos bizcochitos con vino....
- DOL. No; ya sabes lo que ha dicho don Saturio. Leche y nada más que leche. Toma, toma. [Obligándole].
- CAR. Pero encima del vinagre..... (Rechazando el vaso).
- DOL. ¿Qué?
- MAR. Se queja de que tiene el estómago como avinagrado
- DOL. Esto te aliviará; necesitas alimentarte. Vamos, hijo, vamos.
- MAR. [A Carlos]. Bebe, hombre, bebe.
- CAR. (No hay más remedio) (Bebe en tres sorbos todo el contenido del vaso, mostrando repugnancia. Cuando se detiene al beber, doña Dolores le anima).
- DOL. ¡Ajajá! Verás que bien te sienta. Con esto y con el ejercicio te restablecerás pronto. (Gregoria deja la jarra y el vaso sobre la mesa y vase á la cocina).
- CAR. No, tía, no, yo necesito ir á París.
- DOL. Bueno, si no hay otro remedio ya irás.
- CAR. No hay otro remedio; créame usted á mí. [2]
- DOL. Anímate, hombre; y animale tú, mujer.
- CAR. Ya me anima, ya.
- MAR. Sí, señora; procuro distraerle.
- DOL. Ante todo, lo que necesitas es no amilanarte. es preciso dominar los nervios. A tu edad las enfermedades, por graves que sean, se curan fácilmente.
- CAR. ¡Ay! (Quejándose deveras y llevándose las manos al estómago). [¡Las truchas!]
- DOL. (¡Pobrecillo! Se le ve en la cara el sufrimiento).

(1) Gregoria, Dolores, Carlos y Maruja.
(2) Maruja, Dolores y Carlos.

(Aparte á Maruja). Indudablemente don Saturio no sabe lo que tiene este muchacho).

MAR. [No lo sabe, no señora: (Vase doña Dolores por la primera derecha).

ESCENA XII

DICHOS, menos DOÑA DOLORES

- CAR. (Levantándose). ¡Ay, qué malo me siento! ¡Ay!
- MAR. Cállate, hombre, no te quejes; si ya se ha marchado la tía.
- CAR. No, si es que ahora me quejo de veras.
- MAR. ¿Eh?
- CAR. La leche y el vinagre; lo que me temía. ¡Tengo unos dolores horribles!
- MAR. ¡Claro! Almarzaste con tal precipitación, que no podía sentarte bien.
- CAR. No, si el almuerzo me á sentado perfectamente; pero ese vasito de leche ha sido una puñalada. ¡Ay! ¡Ya vuelven!
- MAR. Voy á hacerte una taza de té.
- CAR. ¡Sí, por Dios, dame algo! (Vase Maruja á la cocina).

ESCENA XIII

CARLOS y en seguida DON INDALECIO

- CAR. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Hay providencia! Este es un castigo de Dios. (Sentándose al lado de la mesa).
- IND. ¡Hola! ¿Tú por aquí? ¿Cómo estamos de ánimos?
- CAR. Muy mal, tío, muy mal. [1]
- IND. Esas son aprensiones.
- CAR. No, ahora es de veras.
- IND. Pero, vamos á ver: ¿qué es lo que sientes?
- CAR. Pues siento.... unos dolores muy fuertes aquí.
- IND. ¿En el estómago?
- CAR. Sí, señor.
- IND. Lo de siempre; debilidad y nada más que debi-

(1) Indalecio y Carlos.

lidad, [Reparando en la jarra]. ¡Ah! Ya han traído la leche. . . . Vas á tomar un vasito.

CAR. ¡No, por Dios! (Levantándose). Ya me han dado uno. [1]

IND. Tomarás otro. Don Saturío dice que tomes toda la que quieras. (Persiguiéndole con la jarra).

CAR. ¡Si es que yo no quiero!

IND. ¡Parece mentira! Una leche tan rica, tan mantecosa. . . . ¡Qué nata tiene! Esto se bebe solo. (Bebe en la jarra).

ESCENA XIV

DICHOS y DOÑA DOLORES

DOL. Pero, hombre, ¿te estás bebiendo la leche? [2]

IND. Era para animarle, mujer.

DOL. (Quitándole la jarra que pone sobre la mesa). A lo que debes animarle es á no estarse metido en casa. Le conviene andar, moverse. . . .

IND. Tiene razón tu tía. ¿Por qué no vas á dar una vuelta por el pueblo?

CAR. No; me molesta andar hablando con la gente. (Si-gue dando unestras de sentir un fuerte cólico).

IND. Pues sal por ahí, por el corral, [Primera izquierda] á la orilla del río, y vete hasta el cerro del Orégano.

DOL. El día está muy hermoso. Toma la escopeta, y á ver si te entretienes matando unos pajarillos. (3) (Dándole la escopeta, el zurrón y la canana).

IND. Sí, anda, anda. Los pondremos luego con arroz, que están muy ricos.

CAR. ¡Sí, señor, sí! Iré hasta el cerro del Orégano. (Vase corriendo por la primera izquierda).

ESCENA XV

DOÑA DOLORES y DON INDALECIO. Luego MARUJA

DOL. ¿Por qué no vas á acompañarle?

IND. Porque ahora tengo que hacer. Voy á subir al palomar.

(1) Carlos é Indalecio.

(2) Dolores, Indalecio y Carlos.

(3) Indalecio, Carlos y Dolores.

MAR. Aquí tienes el té. ¡Ah! ¿Y Carlos? ¿Está arriba?

DOL. No; ha ido á dar un paseo. ¿Qué es eso? [1]

MAR. Una taza de té; como se quejaba del estómago. . . .

DOL. Pues se ha ido; ya no hace falta, llévatela.

IND. ¡No! ¡Trae acá! ¡Me la tomaré yo!

DOL. ¡Indalecio!

IND. Esto siempre prepara el estómago. [Se toma el té].

DOL. ¡Jesús, qué hombre! Maruja, ve á la habitación de Carlos y arregla aquello.

MAR. En seguida, sí, señora. (Vase por la escalera).

IND. Vaya, voy á dar de comer á mis palomitas.

DOL. ¡Con qué mimo las tratas!

IND. Ya lo creo. ¡Ayer ví que tenían cuatro pichones preciosos! ¡Con tomate estarán riquísimos. (Llega hasta la escalera).

ESCENA XVI

DICHOS y DON HERMOGENES

HERM. ¿Se puede?

IND. ¿Quién? (2)

DOL. Se me había olvidado decirte que antes habia estado á buscarte este señor forastero.

IND. Adelante.

DOL. Háblale fuerte.

IND. ¿Pues qué ha hecho?

DOL. Nada; que es muy sordo.

IND. ¡Ah! ¡Adelante! (Fuerte).

HERM. ¿Es usted don Indalecio Ruipérez? [3]

IND. Servidor de usted,

HERM. Celebro tanto tener el gusto de conocerle. ¿Cómo está usted? Me alegro mucho, La familia buena, ¿eh? Tengo una verdadera satisfacción. . . .

IND. [Pues, señor, él se lo dice todo]. Tome usted asiento.

HERM. ¿Cómo?

LOS DOS [Fuerte]. Que tome usted asiento. (Ofreciéndole una silla volante que habrá á la derecha del sillón).

[1] Dolores, Indalecio y Maruja.

(2) Don Hermógenes, doña Dolores, don Indalecio.

(3) Don Hermógenes, don Indalecio, doña Dolores.